

Una nueva identidad

En 1948, Pablo Neruda fue víctima de persecuciones por oponerse a la política del Presidente del gobierno. Tuvo que esconderse y huir clandestinamente de Chile.



La Sebastiana, casa de Pablo Neruda en Valparaíso (Chile).

Naturalmente que mi mayor preocupación en Buenos Aires fue hacerme de una nueva identidad. Los papeles falsos que me sirvieron para cruzar la frontera argentina no serían igualmente utilizables si pretendía hacer un viaje trasatlántico y desplazarme por Europa. Cómo obtener otros? Mientras tanto la policía argentina, alertada por el gobierno de Chile, me buscaba afanosamente.

En tales aprietos recordé algo que dormía en mi memoria. El novelista Miguel Ángel Asturias, mi viejo amigo centroamericano, se hallaba probablemente en Buenos Aires, desempeñando un cargo diplomático de su país, Guatemala. Teníamos un vago parecido fisonómico. De mutuo acuerdo nos habíamos clasificado como «chompipes», palabra indígena con que se designa a los pavos¹ en Guatemala y parte de México. Largos de nariz, opulentos de cara y cuerpo, nos unía un común parecido con el succulento gallináceo.

Me vino a ver a mi escondite².

—Compañero chompipe —le dije—. Préstame tu pasaporte. Concédeme el placer de llegar a Europa transformado en Miguel Ángel Asturias.

Tengo que decir que Asturias ha sido siempre un liberal, bastante alejado de la política militante. Sin embargo, no dudó un instante. A los pocos días, entre «señor Asturias por acá» y «señor Asturias por allá»,

1. dans cette situation
2. si difficile
3. dindons
4. cachette

crucé el ancho río que separa la Argentina del Uruguay, entré a Montevideo, atravesé aeropuertos y vigilancias policiales y llegué finalmente a París disfrazado¹ de gran novelista guatemalteco.

Pero en Francia mi identidad volvía a ser un problema. Mi flamante pasaporte no resistiría el implacable examen crítico de la «Sureté».

Forzosamente, tenía que dejar de ser Miguel Ángel Asturias y reconvertirme en Pablo Neruda. Pero, cómo hacerlo si Pablo Neruda no había llegado nunca a Francia. Quien había llegado era Miguel Ángel Asturias.

Mis consejeros me obligaron a albergarme en el Hotel George V.

—Allí, entre los poderosos del mundo, nadie te irá a pedir los papeles — me dijeron.

Y me alojé allí por algunos días, sin preocuparme mucho de mis ropas cordilleranas² que desentonaban en aquel mundo rico y elegante. Entonces surgió Picasso, tan grande de genio como de bondad. Estaba feliz como un niño porque recientemente había pronunciado el primer discurso de su vida. El discurso había versado sobre mi poesía, sobre mi persecución, sobre mi ausencia. Ahora, con ternura fraternal, el genial minotauro de pintura moderna se preocupaba de mi situación en sus detalles más ínfimos. Hablaba con las autoridades; telefoneaba a medio mundo. No sé cuántos cuadros portentosos³ dejó de pintar por culpa mía. Yo sentía en el alma hacerle perder su tiempo sagrado.

En esos días se celebraba en París un congreso de la paz. Aparecí en sus salones en el último momento, sólo para leer uno de mis poemas. Todos los delegados me aplaudían y me abrazaban. Muchos me creían muerto. Dudaban que pudiera haber burlado la ensañada⁴ persecución de la policía chilena.

Al día siguiente llegó a mi hotel el señor Alderete, veterano periodista de la «France Presse». Me dijo: —Al darse a conocer por la prensa que usted se encuentra en París, el gobierno de Chile ha declarado que la noticia es falsa, que es un doble suyo el que aquí se presenta; que Pablo Neruda se halla en Chile y se le sigue la pista cerca; que su detención es sólo cuestión de horas. Qué se puede responder?

Recordé que en una discusión sobre si Shakespeare había escrito o no sus obras, discusión alambicada y absurda, Mark Twain había terciado⁵ para opinar: «En verdad no fue William Shakespeare quien escribió esas obras, sino otro inglés que nació el mismo día y a la misma hora que él, y murió también en la misma fecha, y que para extremar las coincidencias se llamaba también William Shakespeare.»

—Responda —dije al periodista— que no soy Pablo Neruda, sino otro chileno que escribe poesía, lucha por la libertad, y se llama también Pablo Neruda.

- 1. hacerse de algo: *se procurer quelque chose*
- 2. el disfraz: *le déguisement*
- 3. disfrazarse de: *se déguiser en*
- 4. el escondite: *la cachette*
- 5. esconderse: *se cacher*
- 6. fingir: *feindre*
- 7. engañar: *tromper*
- 8. desafiar: *défier*
- 9. vacilar en: *hésiter à*
- 10. entregar: *donner, livrer*
- 11. los documentos, la documentación: *les papiers d'identité*
- 12. sustituir: *substituer*
- 13. desempeñar un papel: *jouer un rôle*
- 14. echarle una mano a alguien: *donner un coup de main à quelqu'un*
- 15. desvivirse por alguien: *se dépenser sans compter pour quelqu'un*
- 16. la solidaridad: *la solidarité*
- 17. la rabia: *la rage, la colère*
- 18. desmentir: *démentir*
- 19. dar un mentís a: *apporter un démenti à*

1. déguisé

2. de montagnard

3. prodigieux

4. acharnée

5. était intervenu

Querida Isabel

Querida Isabel: Me decidí a escribirte porque estamos viejos (al menos yo lo estoy), solos, y con un océano de por medio. Un océano que también es de sucesos, guerras y paces, frustraciones, querer y desquerer, urgencias y tardanzas. Te escribo porque ahora, aislado y medio tullido¹, tengo tiempo de sobra² para recorrer parsimoniosamente mi currículum, no el que solemos redactar para entrevistadores y universidades, sino el otro, el verdadero.

Por suerte, he ganado con mi trabajo lo suficiente como para tener un apartamento cómodo y bastante amplio, con estantes llenos de libros³ que ya no puedo leer, y paredes con varios de los muchos cuadros que dejó mi mujer, pertinaz⁴ en su oficio/arte hasta sólo meses antes de morir. [...] Nunca tuve el valor de confesarle que su pintura no me interesaba y tengo la impresión de que ella (que no era nada tonta) supo captarlo con resignación. Creo, además, que no tuvo el coraje de decirme que mis sesudos⁵ ensayos filosóficos la dejaban indiferente. Pero gracias a ese intercambio de discreciones, convivimos y nos quisimos; moderadamente, es cierto, pero nos quisimos. [...]

Tuvimos dos hijos que hace diez años se afincaron en Australia, donde fundaron una empresa (en Sidney) y les va bien, o al menos todo lo bien que puede ir a dos expatriados voluntarios. Allí se casaron, el mayor con una australiana y el menor con una chilena. Me escriben dos o tres veces por año (para mi cumpleaños, para Navidad), pero no volvieron al país, ni siquiera de visita. No se lo reprocho: la distancia es enorme y los pasajes⁶ cuestan una fortuna. De ellos tengo tres nietos, pero sólo los conozco en fotografías. Parecen lindos y saludables.

A lo largo de tantos años vos⁷ y yo hemos vivido recíprocamente ausentes. Ahora voy a cumplir 84 y vos debés⁸ andar por los 82, ¿no? ¿Te sentís⁹ bien? Sé que tenés¹⁰ una hija y que tampoco está contigo, aunque reside y enseña en Liverpool, de modo que no la tenés tan lejos y me imagino que de vez en cuando atravesará el Canal de la Mancha (sobre todo ahora que hay ferrocarril) para ir a verte. Te preguntarás cómo es que tengo tantos datos sobre vos. Los he ido obteniendo, al compás de los años, gracias a un amigo argentino. Fue él quien me proporcionó tu dirección y hasta tu e-mail, pero no me entiendo con esas maquinarias, así que he optado por el calmoso ritmo del correo.

En realidad resolví escribirte, después de mucho repasar mi camino, porque llegué a la conclusión de que te debo el momento más feliz y recordable de ese itinerario. [...] Tendrías catorce años. Te recuerdo con toda nitidez¹¹, en la misa de los domingos, sentada siempre en la misma fila, nunca de rodillas, como ordenaba el cura, junto a tu madre que sí se hincaba¹². El pelo castaño te caía sobre los hombros. Yo me situaba (tampoco me arrodillaba) dos hileras atrás. A veces, aprovechando que tu madre rezaba con los ojos cerrados, te volvías y nos mirábamos y nos sonreíamos. Como dos tontos de época.

Sólo después de tres o cuatro semanas de ese juego inútil, una tarde, a la hora de la siesta, nos encontramos al borde de un camino vecinal. No había nadie a la vista y todo surgió espontáneamente. Mi primer saludo fue abrazarte y la primera respuesta tuya fue abrazarme. Sin decir una sola palabra, nos besamos y besamos interminablemente, y como el bosquecito de pinos quedaba tan al alcance¹³, sin ponernos previamente de acuerdo corrimos hacia allí. Además de los pinos había un espeso follaje...

1. à moitié impotent

2. j'ai tout mon temps

3. avec une bibliothèque pleine de livres

4. ici, qui n'a cessé de se consacrer

5. ici, savants

6. billets

7. (Uruguay) tú (debes, sientes, tienes, acuerdas)

8. très nettement

9. hincarse = arrodillarse: s'agenouiller

10. était tout près

¿Te acordás ahora? ¿Qué pasó después? ¿Por qué no te volví a ver ni en la capilla ni en el camino vecinal ni en el bosquecito, sitios que fui recorriendo como si fueran una cadena de santuarios? Alguien me dijo que, precisamente el día siguiente a nuestro encuentro, te habías ido con tus padres. ¿Adónde? nadie tenía noticias. ¿Acaso lo sabías cuando nos amamos? ¿O tus padres, fanáticos católicos, se enteraron de algo y decidieron ipsofacto arrancarte de las garras del humilde satanás pueblerino que era este servidor¹¹?

Hoy este viejo te hace justicia confirmándote que nunca fue tan feliz como sobre aquellas hojas otoñales y cómplices. [...]

Gracias, Isabel, por aquel placer intacto. Gracias por alegrar todavía mi memoria octogenaria. Te abraza, MATÍAS

11. *des griffes de l'humble
démon qu'était votre
serviteur (que j'étais)*

Mario Benedetti, *Buzón de tiempo*, 1999.

Querida Isabel

Querida Isabel: Me decidí a escribirte porque estamos viejos (al menos yo lo estoy), solos, y con un océano de por medio. Un océano que también es de sucesos, guerras y paces, frustraciones, querer y desquerer, urgencias y tardanzas. Te escribo porque ahora, aislado y medio tullido¹, tengo tiempo de sobra² para recorrer parsimoniosamente mi currículum, no el que solemos redactar para entrevistadores y universidades, sino el otro, el verdadero.

Por suerte, he ganado con mi trabajo lo suficiente como para tener un apartamento cómodo y bastante amplio, con estantes llenos de libros³ que ya no puedo leer, y paredes con varios de los muchos cuadros que dejó mi mujer, pertinaz⁴ en su oficio/arte hasta sólo meses antes de morir. [...] Nunca tuve el valor de confesarle que su pintura no me interesaba y tengo la impresión de que ella (que no era nada tonta) supo captarlo con resignación. Creo, además, que no tuvo el coraje de decirme que mis sesudos⁵ ensayos filosóficos la dejaban indiferente. Pero gracias a ese intercambio de discreciones, convivimos y nos quisimos; moderadamente, es cierto, pero nos quisimos. [...]

Tuvimos dos hijos que hace diez años se afincaron en Australia, donde fundaron una empresa (en Sidney) y les va bien, o al menos todo lo bien que puede ir a dos expatriados voluntarios. Allí se casaron, el mayor con una australiana y el menor con una chilena. Me escriben dos o tres veces por año (para mi cumpleaños, para Navidad), pero no volvieron al país, ni siquiera de visita. No se lo reprocho: la distancia es enorme y los pasajes⁶ cuestan una fortuna. De ellos tengo tres nietos, pero sólo los conozco en fotografías. Parecen lindos y saludables.

A lo largo de tantos años vos⁷ y yo hemos vivido recíprocamente ausentes. Ahora voy a cumplir 84 y vos debés⁸ andar por los 82, ¿no? ¿Te sentís bien? Sé que tenés⁹ una hija y que tampoco está contigo, aunque reside y enseña en Liverpool, de modo que no la tenés tan lejos y me imagino que de vez en cuando atravesará el Canal de la Mancha (sobre todo ahora que hay ferrocarril) para ir a verte. Te preguntarás cómo es que tengo tantos datos sobre vos. Los he ido obteniendo, al compás de los años, gracias a un amigo argentino. Fue él quien me proporcionó tu dirección y hasta tu e-mail, pero no me entiendo con esas maquinarias, así que he optado por el calmoso ritmo del correo.

En realidad resolví escribirte, después de mucho repasar mi camino, porque llegué a la conclusión de que te debo el momento más feliz y recordable de ese itinerario. [...] Tendrías catorce años. Te recuerdo con toda nitidez¹⁰, en la misa de los domingos, sentada siempre en la misma fila, nunca de rodillas, como ordenaba el cura, junto a tu madre que sí se hincaba¹¹. El pelo castaño te caía sobre los hombros. Yo me situaba (tampoco me arrodillaba) dos hileras atrás. A veces, aprovechando que tu madre rezaba con los ojos cerrados, te volvías y nos mirábamos y nos sonreíamos. Como dos tontos de época.

Sólo después de tres o cuatro semanas de ese juego inútil, una tarde, a la hora de la siesta, nos encontramos al borde de un camino vecinal. No había nadie a la vista y todo surgió espontáneamente. Mi primer saludo fue abrazarte y la primera respuesta tuya fue abrazarme. Sin decir una sola palabra, nos besamos y besamos interminablemente, y como el bosquecito de pinos quedaba tan al alcance¹², sin ponernos previamente de acuerdo corrimos hacia allí. Además de los pinos había un espeso follaje...

1. à moitié impotent

2. j'ai tout mon temps

3. avec une bibliothèque pleine de livres

4. ici, qui n'a cessé de se consacrer

5. ici, savants

6. billets

7. (Uruguay) tú (debes, sientes, tienes, acuerdas)

8. très nettement

9. hincarse = arrodillarse: s'agenouiller

10. était tout près